

LOS CARNAVALES O LA TRANSGRESIÓN TEMPORAL PERMITIDA

MARIO DE LA CUBA RESTANI

Profesor de Historia del Perú
de la Universidad de Lima.

SUMARIO

- I. Orígenes de las fiestas carnaavalescas. - II. La república y los carnaavales. - III. Los carnaavales de los primeros años del siglo XX y la supervivencia de viejas costumbres. - IV. Tendencias del carnaval durante la república aristocrática. - V. A modo de conclusión. - VI. Sobre toros y estamentos.
1. Orígenes de la tauromaquia; 2. La república y los toros; 3. Lima a inicios del siglo XX: Los toros en la piedad. - VII. Las fiestas patrias o el desfile de las jerarquías: 1. a modo de introducción, 2. Tendencias y celebraciones de las fiestas patrias a principios del siglo XX; 3. Celebraciones patrias o la transgresión supuesta.

"...Hoy el noble y el villano, el prohombre y el gusano, bailan y se dan la mano, sin importarlos la facha, juntos los encuentra el sol, a la sombra de un farol, empapados en alcohol, abrazando a una muchacha. Y con la resaca a cuestas, vuelve el pobre a su pobreza, vuelve el rico a su riqueza y el señor cura a sus nubes. Se despertó el bien y el mal, la rica vuelve al rosal, la pobre vuelve al portal y el asuro a las divisas. Se acabó; el sol nos dice que llegó el final, por una se olvidó que cada uno es cada cual..." FIESTA (J.M. Serrat).

I. ORÍGENES DE LAS FIESTAS CARNAVALESCAS

Toda sociedad, por jerárquica que ésta se presente, muestra espacios donde el componente festivo, aunque sea de modo temporal, gobierna a veces sin restricciones. Dichos espacios permiten que lo ordenado y serio de la cotidianidad social ceda su lugar, por breve tiempo, al caos aparente y a la alegría desbordante. Este espíritu festivo, este "desorden ordenado" permite, paradójicamente, que la rigurosidad social se mantenga y justifique. Incluso la muerte, no siempre tuvo entre nosotros la rigurosidad y consiguiente carga de sufrimiento que hoy apreciamos en cualquier entierro limeño contemporáneo. En la colonia, por ejemplo, los entierros y exequias celebrados constituían verdaderas fiestas y hasta las personas más humildes de la sociedad colonial trataban de acceder a una pomposa y deslumbrante ceremonia. Es la muerte, indiscutiblemente, la última oportunidad de un individuo para hacerse presente en la sociedad (Estenssoro, 1999). Se trataba de gente sumida en la más profunda preocupación "...por su destino ultraterreno, que evidencian un fervor religioso que ahora nos parece extraño y hasta de mal gusto." (Tamayo, 1993).

En casi cualquier manifestación festiva de carácter colectivo se puede apreciar una considerable disminución o acaso desaparición de la jerarquía existente. Es más, en casos extremos, como por ejemplo durante las celebraciones carnaavalescas, es posible apreciar también una inversión de valores, donde el gobernante puede llegar a obedecer y lo vedado durante todo el año, se brinda aparentemente generoso.

Las fiestas de carnaval (fiesta de las "carries por retirar"), constituyen un interesante fenómeno cultural que a lo largo de los siglos ha mantenido o según el caso adecuado, en diversas formas y latitudes, su original esencia transgresora. Sin embargo, en su propia transgresión se presentan elementos de la estructura a la que pretende cuestionar (del Aguila, 1997). Es decir, no se trata de una transgresión real

sino que, como señala Umberto Eco (1989), se trata de un ejemplo de reforzamiento de la ley y nos recuerda la existencia de la regla.

Es difícil hurgar entre las fiestas antiguas que puedan haber contribuido a la aparición posterior del carnaval como lo conocemos hoy. Incluso, existe una serie de rezagos que se han mantenido de forma aislada por lo que habrían perdido su función original. Sin embargo, puede apreciarse como un importante antecedente de las fiestas carnavalescas la celebración de las "Saturnales" romanas, fiesta que a su vez mantuvo algunos de sus rasgos esenciales durante la Edad Moderna pasando por la Edad Media (Petzoldt, 1993). Ya a mediados del siglo XVIII, Benjamin Hederich señalaba que Las Saturnalia era una fiesta romana celebrada en honor de Saturno (diciembre) que inicialmente duraba un día para luego extenderse a siete y que durante la celebración de esa fiesta "...no se reunía ningún consejo ni tribunal (...) Las escuelas se cerraban. En cambio, se organizaban frecuentes banquetes y se obsequiaban mutuamente con todo tipo de regalos (...) Casi todo el mundo llevaba sombrero como símbolo de libertad. Como cosa singular se daba a los esclavos el trato de personas libres y los mismos señores les servían en los banquetes." Se trataba, posiblemente, de una transgresión temporal en la sociedad vertical romana buscando recrear los legendarios tiempos saturnianos en que el mundo no se dividía entre "señores y siervos" (Cit. Petzoldt, 1993).

La rigurosidad posterior del cristianismo trató de enfrentar a esta fiesta pagana con diversas y reiteradas prohibiciones que, no obstante su dureza, no tuvieron mayor éxito pese a los denodados esfuerzos de los diferentes estamentos eclesiales. Las danzas y disfraces; el jolgorio y desenfreno, terminaron por acomodarse en los sacros terrenos de la Iglesia que, circunspecta, no tuvo más remedio que dar un baño de cristiandad a esta fiesta pagana así como lo había hecho con otras y sumarla a su ya abundante calendario festivo. Al respecto es interesante analizar la descripción de una fiesta carnavalesca del siglo XII referida por John Gregory Bourke:

"Los sacerdotes de una iglesia elegían un obispo de los bufones, que acudía a la iglesia con gran pompa y se sentaba allí en el trono episcopal. A partir de ese momento comenzaba la misa cantada en la que participaban todos los clérigos con las caras liznadas o con máscaras repulsivas o ridículas. Durante la misa, los clérigos distraídos de bailarinas o mujeres danzaban en el coro y cantaban allí canciones indecorosas. Los demás comían salchichas sobre los altares, jugaban las cartas o a los dados en presencia del sacerdote que decía la misa, lo ahumaban con un incensario donde ardían trapos viejos y le hacían respirar ese humo." (Petzoldt, 1993).

Las concesiones otorgadas por la iglesia durante las fiestas de carnaval flexibilizaban, al menos en apariencia, las rígidas estipulaciones que enmarcaban su funcionamiento institucional el resto del año pues, fuera de los tiempos festivos, la existencia de semejantes licencias eran difícilmente imaginables. Puede apreciarse que dentro de su reinado, el carnaval ignora cualquier distinción entre actores y espectadores, incluso, la escena en la que se lleva a cabo no posee un límite físico determinado y es que en el carnaval no se interpreta un espectáculo que pueda circunscribirse a un espacio restringido sino la vida misma y ésta no es representada sino más bien, vivida (Bajín, 1990).

Para aquel tiempo, el carnaval ya se había infiltrado de manera sigilosa en el conglomerado de fiestas religiosas cristianas y, de alguna manera, su presencia se haría indispensable al presentarse días antes del arribo de la cuaresma pues, antes de ingresar al periodo de los cuarenta días de constricta espera de la Semana Santa,

era necesario dejar en libertad los sentimientos más primarios, los deseos más reprimidos, los placeres regularmente prohibidos. Resulta pues el carnaval un resultado paradójico del cristianismo: sin la rigurosidad presentada anualmente por la cuaresma, el carnaval no hubiera existido al menos en la forma en que hoy lo conocemos (Viqueira, 1987).

La mayoría de estudiosos de estas fiestas en sus diversas latitudes han señalado que ante nada se trata de una manifestación de inversión del orden social, donde por unos días los roles sexuales y sociales se vuelven intercambiables así como lo prohibido se hace permisible. Los oprimidos imponen, por unos días, sus reglas aunque en realidad esa inversión en las sociedades fuertemente jerarquizadas sean parte de su propio orden, de su propia jerarquización (Viqueira, 1987). Se trata pues, de "una transgresión autorizada" (Eco, 1984). Del triunfo de "...una especie de liberación transitoria (...) la abolición de las relaciones jerárquicas, privilegios, reglas y tabúes" (Bajtín, 1990).

Toda fiesta, hemos señalado anteriormente, implica en sí misma la desaparición o al menos la disminución del orden convencional. Se aprecia el retorno del caos y como señala Octavio Paz (1987):

"...todo se permite: desaparecen las jerarquías habituales, las distinciones sociales, los sexos, las clases, los gremios. Los hombres se disfrazan de mujeres, los señores de esclavos, los pobres de ricos. Se ridiculiza al ejército, al clero, a la magistratura. Gobiernan los niños o los locos. Se cometen profanaciones rituales, sacrilegios obligatorios. El amor se vuelve promiscuo. A veces la fiesta se convierte en Misa Negra. Se violan reglamentos, hábitos, costumbres. El individuo respetable arroja su máscara de carne y la ropa oscura que lo aísla y, vestido de colorines, se esconde en una careta que lo aísla de sí mismo."

II. LA REPÚBLICA Y LOS CARNAVALES

*¡Todos se unen en un balde de agua fría
que se pueden traducir en pulmonía!
¡Carnavales!
En tus noches musicales,
colondas, esplendentes,
hay princesas ignoradas;
hay payasos que retuercen carcajadas
en las trágicas amugas de sus frentes...
¡Agua!...¡Música!...¡Alegria!
¡Carnavales ...Se diría
que refugias en tu loca algarabía
la tristeza de los otros...y la mía.
(De: Así Hablaba Zarapastro)*

Pese que pocos días antes del inicio de los carnavales la autoridad policial publicaba un bando prohibiendo de forma explícita el arrojar agua desde los balcones sobre los transeúntes y que se jugara en las calles, los diferentes sectores sociales conocedores de la libertad que otorgan las leyes de resignada inaplicabilidad, procedían a la alegre celebración. Los sectores populares y la élite, si bien es cierto presentaban diferentes sensibilidades y gustos, manifestaban un común deseo de romper con las normas y principios vigentes aunque generalmente sus respectivas formas lúdicas eran distintas. Es más, si por casualidad se encontraban en un mismo

espacio y momento personas de diferente procedencia, fácilmente se rompían las barreras sociales que los separaban normalmente.

Las mismas patrullas encargadas de colocar los bandos y de cuidar el orden eran las primeras víctimas de tan antigua práctica. Como señala Manuel Atanasio Fuentes (1867), los miembros de las patrullas eran los que inicialmente experimentaban "...los efectos saludables del bando cuya ejecución se les encarga, pues no hay calle en que no reciban varios baños." Sin lugar a dudas en ninguna otra época del año la autoridad cabalgante hubiera sufrido tamaño vejamen sin que el azevedo jugador hubiera sufrido una sanción severa como consecuencia de tal osadía.

En los primeros años de la República, Manuel Ascencio Segura dejaba entrever su malestar por las referidas fiestas que por aquellos días "...cambiaba de actitud y el comportamiento público (rutinariamente marcado por cierta seriedad y distancia, al menos en las clases medias y altas) de pronto se hacía lúdico y carente de "respeto", de tal modo que las calles resultaban peligrosas para quien pretendiera excluirse del juego." (del Aguila, 1997).

Manuel Atanasio Fuentes, en cambio, describe pasajes de los carnavales en Lima de manera muy festiva y casi cómplice. Pareciera ser que hacia la segunda mitad del siglo XIX la agresividad del juego había menguado bastante pues ya no se apreciaban como antaño "...caras horriblemente pintadas y con fachas de furia" ni tampoco era ya frecuente hallar a "...negras y zambas que se apoderaban de las acequias para bañar en las aguas inmundas al infeliz desprevenido." Sin embargo el carácter lúdico de esos días gobernaba incuestionablemente Lima y, siguiendo con las descripciones del temible satírico limeño, podemos afirmar que difícilmente las personas que transitaban las calles durante alguno de los tres días de fiesta escapaba a una de las tres formas de "refrescarse": la "catarata" (técnica que consistía en lanzar agua desde los balcones por las damas asistidas por sus criadas); el "jeringatorio" (agua disparada desde enormes jeringas metálicas empleadas por jóvenes varones); y la llamada "proyección" (huevos llenos de agua de olor, harina o confites menudos que, al ser utilizados estos últimos con habilidad podían "...lavar el ojo de una señora o dejarle en cualquier otra parte de la cara un agradable recuerdo del carnaval." (Fuentes 1867).

Terminados los tres días de frenética diversión, al arribar puntualmente (como cada año) el "Miércoles de Ceniza", el mundo social viraba radicalmente. El orden se restauraba y con mayor fuerza que en tiempos normales. La gente debía prepararse prolijamente para lograr el misticismo y la constricción necesarias durante la cuaresma. La Semana Santa llegaría en cuarenta días.

Un testimonio excepcionalmente interesante sobre la celebración de la fiesta de carnavales en Lima hacia la segunda mitad del siglo XIX, es el escrito por el viajero alemán, Friedrich Gerstaecker quien, en su crónica "Tres días de carnaval en Lima (1860)", testimonia su estancia en nuestra capital y los entretelones de las festividades (Edit. Estuardo Nuñez, 1959). Gerstaecker confiesa haber sido advertido el ocho de febrero de ese año por sus amigos al regresar de un viaje por el interior del país de no realizar gestión alguna por causa de los carnavales ya que en esos días "...No encuentra a nadie en su casa, pues todo el que puede huye de la ciudad, y tampoco hay que dejarse ver en las calles porque uno es mojado en todas partes." Al observar a algunos transeúntes llevar con resignación el agua generosamente vertida sobre ellos sin siquiera presentar muestras de enojo, refiere que si eso hubiese ocurrido en Alemania, el afectado inmediatamente hubiera anotado la dirección de la casa y

"...presa de la mayor indignación, acudido a la policía."

Agua limpia, agua sucia; huevos crudos o cascarones vacíos convenientemente rellenos, a veces con agua limpia, con agua de lavanda o con agua de acequia. Talcos, cremas y pinturas como complemento. Con estas "munición" se iniciaban las batallas rituales de las que muy pocos se libraban y en las que la policía no intervenía salvo como mediador en un exceso o como víctima de un baldazo u otro objeto arrojado con destreza. Hombres y mujeres intercambiaban en estos juegos proyectiles y miradas, baldazos y coqueteos. Se mostraban así desafiante del orden establecido y de las autoridades políticas (y morales) de turno.

Esta forma desenfrenada de celebración debió cambiar dramáticamente a raíz de la ocupación chilena de Lima. Hacia 1881, doblegados los reductos de San Juan y Miraflores y saqueados los balnearios de Miraflores y Chorrillos, las tropas invasoras se dirigieron raudas hacia Lima. Percy Mayo (1984) recuerda que:

"Así se iniciaba la larga ocupación de la antigua capital de la América del Sur. Si bien el ingreso de las tropas chilenas se realizó con batallones seleccionados y en el mayor orden, gracias a las gestiones que encabezara el almirante francés Bergasse Du Petit Thouars, eso sólo significó que la ciudad no fuera tomada por asalto, a sangre y fuego. Lima, es verdad, se libró de destrucción total. Mas el tiempo demostraría que lo que se salvó fue tan sólo el casco urbano de la ciudad en especial los magníficos ejemplos de su arquitectura colonial trisecular, pero que ésta no se libraba del saqueo más ímpio, tanto en los medios privados como públicos."

Durante el periodo de ocupación chilena tuvieron lugar tres celebraciones carnalescas (1881, 1882, 1883). Por aquellos años, las mujeres limeñas en su mayoría se abstuvieron de jugar o, en todo caso, los juegos se llevaban a cabo dentro de los callejones y patios interiores con sus congéneres varones. Los soldados chilenos no tenían más remedio que jugar entre ellos en las calles. En aquellos dramáticos años de la ocupación el carnaval siguió celebrándose en Lima, adecuándose a la situación anómala que provocaba la guerra. Aunque la ausencia del "bello sexo" en las calles debió mermar notablemente el entusiasmo celebratorio, la posibilidad que ofrece esta festividad de intercambiar los diferentes roles, entre ellos los sexuales, bien pudo salvar, tamaño limitación.

III. LOS CARNAVALES EN LOS PRIMEROS AÑOS DEL SIGLO XX Y LA SUPERVIVENCIA DE VIEJAS COSTUMBRES

Pareciera ser que la costumbre de jugar entre varones que, como hemos señalado debió tener su origen durante el periodo de ocupación, echó raíces en las generaciones siguientes. El diario "El Comercio" informaba el 24 de febrero de 1903 que:

"Por supuesto que la maldita costumbre de jugar entre hombres y que tanta molestia proporciona no se ha olvidado aún, y en verdad esa censurable costumbre debe desterrarse por completo o por lo menos reducirse a las personas que desean jugar de esa manera, pero a aquello de ir tranquilamente por la calle y recibir un globo con agua, lanzado por un individuo con tamaños pelos de cara, provoca francamente regresar y romper un bastón en las espaldas..."

El autor de la nota hace referencia indirecta al cambio en el juego carnavalesco. Mucho más claro (y dramático) es el llamado del articulista BOTELINO a dejar esa

"insulsa" costumbre que amenazaba con quitar la gracia original de esta fiesta:

"... todo, todo, menos dedicarse a bañar insulsamente a los pobres congéneres en sexo que han tenido la desdichada urgencia de pasar por vuestros blancamente castos y altísimos halcones. ¿Y sabéis por qué? Primeramente y desde luego porque eso es feo e insípido y hasta grotesco y afeminado; y secundamente porque ese juego entre hombres que parece alimentarse cada año más entre nosotros, tiene un tristísimo y desdichado origen (...) esquivo el sexo que le da encanto y sabor único a la jugosa fiesta, los guerreros despechados de la ocupación no tenían con quien desbordar sus ímpetus joviales y ante la eterna clausura de los clásicos portones, ante el alivio desdén de nuestras acibaradas familias, ante el aislamiento con que les brindaban, hubieron de decidirse a jugar entre ellos (...) ¿Entendéis? Pues bien, imberbes jóvenes que seréis padres mañana, este solo recuerdo, esta sola consideración debería de bastaros para no pasar por imitadores de aquellos y para no insistir en una modalidad poco delicada de una fiesta que, en especial, sirve para dar una suave ocasión de acercamiento íntimo y plausible a los dos sexos en que tuvo la divina idea de dividimos el altísimo." (Variedades N° 102, año VI, Lima, febrero 12, 1910).

Esta costumbre parece haberse arraigado entre los aficionados al juego con agua. Jóvenes organizados en grupos recorrían las calles y eventualmente se enfrentaban con otros rivales, marcando jerarquía y territorio. La celebración ritual pudo convertirse eventualmente en verdaderas trifulcas y el agua cedía el paso a veces a otros implementos "...que pueden dañar a las personas y casas", como el cohete sillito denominado "Napoleón". Además eran frecuentes los ataques indiscriminados sobre los "carros eléctricos" que traficaban la ciudad, por lo que era necesario "proteger la vida de los pasajeros y transeúntes" así como respetar a todos aquellos "...que no manifiesten deseos de dedicarse al juego." (Lizardo Revolle. "El Comercio" 19 febrero, 1909).

Es probable que la interrelación de géneros se haya mantenido entre las altas clases sociales cuyos miembros solían participar en bailes de disfraces de exclusivos clubes, en almuerzos dominicales o en excursiones organizadas por "...alguna que otra familia acomodada del Callao, La Punta y Bellavista (...) a Huacho, Ancón, Chosica o Matucana" (El Comercio, 5 de marzo de 1916). Los sectores populares, en cambio, pudieron hacerlo en bailes públicos celebrados en los diversos teatros o dentro del ámbito barrial.

IV. TENDENCIAS DEL CARNAVAL DURANTE LA REPÚBLICA ARISTOCRÁTICA

Durante el periodo comúnmente denominado de la República Aristocrática, siguiendo la antigua denominación acuñada por Basadre, o si se prefiere del predominio oligárquico (Burga-Flores Galindo 1984), el Perú se transformó notablemente. Se aprecia una considerable estabilidad económica gracias a la existencia de un proceso de crecimiento económico sostenido. La agricultura costera de exportación y la minería serrana jugarán un papel fundamental durante este periodo de transición que abarca los últimos años del siglo XIX hasta el inicio del "Oncenio" leguista. Lima, en particular, recibe un impulso apreciable en la actividad comercial, financiera e industrial durante el referido periodo. (Huiza, 1998).

Pero la Lima de inicios de este siglo es, además, la Lima de la luz eléctrica, la del cinematógrafo y las tertulias de café. La del fonógrafo y clubes sociales. La de la máquina de escribir y las nuevas publicaciones. La de la efervescente actividad teatral.

operática y zarzuelera. También la del fútbol embrionario. La de toros y circo. Nuevos espacios. Nuevas opciones. Las posibilidades de diversiones colectivas e individuales constituyeron un nuevo y enorme abanico.

Es dentro de este panorama que los carnavales tendrán que buscar mantener su vigencia. La misma celebración es sometida a diversas críticas y cuestionamientos. A nuestro modo de ver, pueden apreciarse tres tendencias fundamentales durante aquellos años: una "apologista"; defensora a ultranza de la antigua celebración. Una corriente "abolicionista"; crítica severa de esta fiesta a la que tienen por "semibárbara". Y, finalmente, encontramos un grupo decidido a refinar los carnavales introduciendo en ellos, usos y costumbres de moda entonces en el Viejo Continente. Se trata de una tendencia "europeísta".

Las mencionadas tendencias se manifiestan claramente en publicaciones de época. Hemos escogido al diario "El Comercio" por ser de los más representativos de nuestra vida republicana y por la considerable cobertura que dio a los carnavales, principalmente en el tiempo referido.

Los apologistas del carnaval resaltan la persistencia de la fiesta y su obstinada decisión de no morir. Aunque en su mayoría reconocen no tener la vitalidad ni la algarabía de antaño, exaltan el entusiasmo de los celebrantes y la atmósfera de libertad reinante durante esos días. El carnaval de 1909 transcurrió *"como en los viejos tiempos"*, informaba "El Comercio" del 24 de febrero. En todas las calles se notaba un gran entusiasmo, tanto en Lima como en los diferentes balnearios de la capital. Desde *"...los balcones y ventanas atestados de graciosas jugadoras, no se ha dejado transitar a ningún varón por pacífico que pareciese"*. Nuevamente los géneros se ven envueltos en la vorágine del juego en estos días signados por chorros de agua, globos, serpentinas y confetis. Las noches, en tanto, verán pasar innumerables comparsas recorriendo las calles y a muchos ciudadanos dirigiéndose a los teatros donde se realizaban bailes públicos. Además, el juego continuaba en muchas casas particulares donde *"...por las noches muchas familias han abierto sus salones, bailándose hasta las primeras horas de la mañana."*

El domingo 5 de marzo de 1916 se lee en "El Comercio" que *"...Hoy se verá sin embargo, que el carnaval no muere y este año, se ha de jugar como los anteriores entusiasta y alocadamente. Por lo pronto algunos establecimientos de artículos han liquidado y serán pocas las casas en Lima en que la chiguillería no tenga aprestos colosales de globos, papelillos, polvos y serpentinas."* Además del juego ritual en sí, muchas familias de la élite aprovechaban de aquellos días (sea para evitar el juego o para complementarlo) para realizar diversos paseos y excursiones *"...en algunas playas, en diversas huertas y en otros lugares campestres."*

En algunas zonas populares, como los Barrios Altos, por ejemplo, se jugaba de manera más violenta, con agua y pinturas de todos los colores y se podían apreciar danzas realizadas por *"...negros convenientemente disfrazados"* que bailaban alegremente acompañados por *"...la música especial que proporcionan dos quijadas de vaca, hábilmente tocadas"* ("El Comercio" 8 de marzo de 1916). Este baile, conocido popularmente como "danza del diablo", se ejecutó durante las primeras décadas del siglo XX en tiempos de carnavales, mientras que grupos de numerosos jinetes recorrían las calles al galope tratando de evitar las arremetidas de los jugadores.

Los diferentes grupos sociales se divertían generalmente dentro de sus propios espacios y sensibilidades. La aristocracia entre chisguetes y talco fino. A veces en

las calles y otras en salones de clubes exclusivos al compás de música orquestada y disfraces adecuados para la ocasión. En los sectores populares; bakázos, pinturas, griterío y callejón.

Algunos abolicionistas manifiestan su posición al considerar que son los carnavales una fiesta devenida en anacrónica y con nostalgia evocan las celebraciones de antaño: *"...Ya el carnaval en las calles casi no merece ser descrito: con el transcurso de los años y la importación de costumbres europeas, va perdiendo su colorido truhanesco y criollo de los buenos tiempos"* (El Comercio 25 de febrero de 1903). Otros se muestran notoriamente contrariados por la persistencia de esta fiesta "semibárbara" como la calificara don Angel Alfredo Prialé en una carta dirigida a "El Comercio" el 22 de enero de 1915:

"...esta antiquísima costumbre ha despertado en Lima, todos los años la más desenfrenada alegría que muchas veces ha degenerado en enfrentamientos peligrosos e incultos. Recuerdo el espectáculo bochomoso que ofrecieron las calles de la primera ciudad del Perú, el año pasado, en los días de carnavales: calles anegadas con tintes de diferentes colores y harinas, carros del tranvía urbano convertidos en jaula de locos."

En los sectores aristocráticos se aprecia una cada vez mayor influencia de elementos estéticos y comportamentales provenientes de Europa. Elementos que pueden ser apreciados en todas las manifestaciones de su entorno, incluyendo las festivas. Se ve con agrado, por ejemplo, la refinación de los carnavales expresada en la preparación de *"...pic-nics y otras fiestas cultas y agradables que es de desear se incorporen a nuestras costumbres y lentamente transformen el carnaval"* ("El Comercio 20" de febrero de 1909). Por otro lado se busca limitar el empleo de ciertos útiles que aún se consumen para convertir esta fiesta en algo más vistoso y refinado, logrando así *"...un carnaval elegante y culto, como el que se realiza en Niza, en Roma o en otras poblaciones de Europa"* ("El Comercio" 13 de febrero de 1918).

La "europeización" de los carnavales, fundamentalmente entre los sectores acomodados de la sociedad limeña, se consolidará durante el Oncenio de Leguía (1919-1930), donde las reinas de bellezas, los desfiles, fiestas y bailes alcanzaron niveles de refinamiento y elegancia nunca antes vistos en una ciudad que se pretendía europea. Los carnavales leguistas fueron perennizados por diversas cintas que registran las fiestas de 1923, 1924 o en la película *"Lima de mis amores: privilegios de reinas"* de 1926 (Bedoya, 1992).

V. A MODO DE CONCLUSIÓN

En todas las épocas (incluso hasta en el carnaval agonizante de nuestros días) y en todos los sectores, el carnaval estuvo presente. La ciudad de Lima celebró de distintas formas la ancestral festividad. Si bien es cierto con matices diferentes pero manteniendo una constante: la irreverente actitud de una desobediencia que se sabía temporal e inimputable y, por lo tanto, aprovechada al máximo por todos los miembros de una sociedad cuya jerarquización se cuestionaba por unos días, conscientes de que la tregua social (y moral) sería después barrida por el orden vigente. Por otro lado, no creemos que sea correcto afirmar que las élites y los sectores populares celebraban fiestas distintas. La verdadera diferencia estaba en el modo festivo, en la forma celebratoria de las mismas, en las sensibilidades y gustos que en ellas se presentaban. La fiesta es una sola pero transcurre entre dos orillas.

VI. SOBRE TOROS Y ESTAMENTOS

1. Orígenes de la tauromaquia

Este espectáculo tan arraigado en gran parte de España y en algunos países de Iberoamérica tiene un origen tan antiguo y nuboso que lo hace muy difícil de precisar. Sin embargo, muchos de los estudiosos de la tauromaquia coinciden en afirmar que fueron los romanos quienes introdujeron en España esta polémica fiesta durante su proceso de expansión. Esta afirmación es respaldada por una serie de pruebas vestigiales en Toledo, Mérida, Tarragona y otros lugares. Ante el posterior arribo de las sucesivas oleadas bárbaras de origen germánico a la Península, la costumbre fue perdiéndose gradualmente por ser poco compatible con los gustos de los nuevos conquistadores (Tapia, 1993). Pocos siglos más tarde, los árabes (posteriores ocupantes de una considerable región de la península Ibérica) restauraron la antigua costumbre remplazando a los gladiadores del circo por toros que eran enfrentados por nobles musulmanes. La resistencia de algunos nobles castellanos no sólo se reflejó a través del uso de las armas: hubo quienes se interesaron por la fiesta taurina y rivalizaron con los portadores del Islam y es posible que *"...requiriéndose ante todo un gran corazón para intentar suerte tan amesgada como la de alancear toros, fuese el Cid uno de los primeros, si no el primero entre los caballeros cristianos, que la practicasen"* (Tapia, 1993).

Con la conquista de América, la fiesta también cruzó el Atlántico aunque sin los rasgos característicos que posteriormente le darían su perfil definitivo. Incluso algunos autores han sugerido que fue el propio Francisco Pizarro uno de los primeros conquistadores que llegó a lancear algún toro. La supuesta tiente, sin embargo, no aparece consignada en los cronistas que hacen alguna referencia al arte taurino como Xerez, Cieza, Garcilaso o Cobo. Tampoco las notas posteriores del arte taurino hechas por Prescott, Robertson, Quintana, Lorente o Mendiburu atribuyen a Pizarro ese pasaje. La supuesta participación del fundador de Lima, parece ser una de las tantas invenciones Palmeanas de sus célebres "Tradiciones Peruanas" (Garland, 1948).

Muy entrada la Colonia, el espectáculo taurino fue adquiriendo en Lima (y en gran parte del interior del Perú) perfiles más claros. El espectáculo por entonces se realizaba en tentaderos improvisados o en plazas desmontables. Posteriormente, hacia la segunda mitad del siglo XVIII con la ascensión de Carlos III en España y durante la gestión del virrey Manuel Amat y Junient, la afición taurina creció considerablemente. Podemos apreciar que hacia el año 1762 *"...don Miguel de Adrianzen ofreció construir en el paraje nombrado "el Hacho" un "coso" y plaza firme cercada, y con sus "puertas" como se estilaba en la corte de Madrid y de otras ciudades de España.* (Miró Quesada, 1997). Palma afirmaba que en 1768 D. Agustín Hipólito de Landaburu *"...formó como empresario, la fábrica de una plaza para las lidias de toros en los terrenos denominados de Hacho (apellido del antiguo dueño) y que, andando los años, perdieron una letra convirtiéndose en Acho"* (Palma, 1877).

Fundado el circo de Acho se prohibieron las lidias de toros en la Plaza Mayor. La afición era bastante considerable por lo que la plaza se llenaba desde las primeras horas de la mañana del domingo, día de la función. Las autoridades religiosas percibiendo que la expectación de la fiesta taurina provocaba entre los aficionados el olvido de sus deberes religiosos dominicales, lograron que las corridas de toros se llevarán a cabo los días lunes, buscando evitar así el ausentismo en las iglesias. De esta manera, pues, los feligreses no olvidaban sus deberes religiosos, pero, al día

siguiente si olvidaban sus deberes cotidianos. (Fuentes, 1987).

Si bien es cierto las fiestas taurinas fueron ante todo un espectáculo, también constituyeron una fiesta donde se ponía en evidencia la vigencia del orden estamentario pues así como en la metrópoli, la fiesta manifestaba la legitimación del derecho que poseían los guerreros al mandar sobre los labradores; trasuntada la fiesta a América, representó el derecho de los españoles a dominar a los indígenas. (Viqueira, 1987). La afirmación de Viqueira debe ceñirse a los inicios de la dominación española pues durante la Colonia la permeabilidad social fue mucho mayor de lo que generalmente se cree.

2. La República y los toros

Las diferencias manifiestas en los diversos sectores de la sociedad colonial estamentaria con el paso del tiempo fueron perdiendo significado explícito. El público asistente a la "fiesta brava" provenía de distintos sectores de la sociedad y, las diferencias se evidenciaban en la ubicación que tomaban los espectadores en las graderías de la plaza. Desde las últimas filas de sol donde se ubicaba el "populacho" hasta las primeras de sombra, en donde se ubican predominantemente miembros de las distintas élites. En los tendidos desfila la sociedad toda, convirtiéndose la plaza en un "microespacio". Todos están presentes jerárquica y ordenadamente, tomando su ubicación respectiva.

Durante la República inicial, la fiesta siguió contando con adeptos y el aficionado de composición variopinta asistía masivamente al circo de Acho. En 1826, por ejemplo, se llevó a cabo una corrida de dieciséis toros, en honor del por entonces jefe de gobierno, don José de la Mar. Se introducía así un cariz político en la fiesta brava. (Garland 1948).

En la literatura republicana se hace referencias al arte taurino. En 1839, Manuel Ascencio Segura estrenaba "El Sargento Canuto". En la conocida comedia, la trama gira en torno a los malentendidos de amor y a la fiesta taurina. En la escena segunda, en el diálogo entre Don Sempronio y Canuto, Don Sempronio, ebrio, le comenta a Canuto sobre lo espléndido de la fiesta. Canuto replica:

*Vayan a un demonio todos,
los toros, y toradores,
y también los defensores
de esta diversión de godos,
¡Pues estoy fresco!
En la misma escena, más adelante, Sempronio insiste:
¡Qué diversión tan señora!
Me parece que veo ahora
a tanto guapo muchacho,
que era del Acho el adorno,
y que, despreciando muertes,
una hora sacaban suertes
seguidita al toro, en torno
de él. ¡ Dios sea bendito
por habernos conservado,
aunque tanto han criticado,
esta diversión!*

En estos breves pasajes, Segura hace alusión a dos tendencias tan antiguas

como el arte mismo: la de los "apologistas" de las lidias taurinas y la de los enemigos de la fiesta, los "abolicionistas" que, argumentando diversas razones culturales y morales, abogan por el fin de la fiesta.

Manuel Atanasio Fuentes, realiza una acuciosa observación de la fiesta taurina pero no se limita al aspecto descriptivo. Nota que existe en la tauromaquia un espacio compartido. Los grupos privilegiados y los sectores populares no sólo participan como observadores, como señaláramos líneas atrás, sino también como protagonistas directos. Los indios, por ejemplo, participaban en la suerte de las "mojarras". Los indios mojarreros, provistos de largos chuzos con punta de fierro, se lanzaban al ruedo para recibir al toro. Pero no se enfrentaban al astado hasta que, repletos de alcohol, lo percibían de un tamaño mucho menor al real. El toro presentaba "....la corpulencia de un perro; y (se) llega a realizar ese fenómeno óptico no a favor de lentes cóncavos sino a fuerza de tomar aguardiente (...) y los que aún no tienen la vista en el grado necesario, contestan "todavía está grande, echa otra copa" (Fuentes, 1967). Afirma además que el "populacho", tan aficionado como la aristocracia, pese a sufrir muchas veces tamaña escasez de recursos, recurría circunstancialmente al robo para agenciarse de recursos para comprar una entrada y muchas mujeres de "vida alegre" llegaban al extremo de "vender su colchón" para asistir a la fiesta.

3. Lima a inicios del siglo XX: Los toros en la picota

Durante los primeros años de este siglo, puede apreciarse una clara disminución de la afición taurina y una fuerte corriente contraria a la fiesta "....Es muy cierto, también, que sólo una afición irreductible pudo sostener en Acho cortas etapas en las cuales los programas taurinos, durante crecido número de años, apenas ofrecieron la muy relativa atracción de diestros muy vistos, mediocres o anquilosados por los años." (Garland, 1948). Este descenso en la afición puede explicarse también por la aparición o consolidación de nuevos espectáculos masivos que pudieron disputarle a una afición antes cautiva por la tauromaquia: el cine, el turf, el fútbol. Por otro lado, entre los sectores más privilegiados de Lima hubo grupos imbuidos por la corriente refinadora de entonces que pugnaba por la desaparición de una fiesta a la que tildaban de bárbara y sangrienta y que poco a poco se iba filtrando en la sensibilidad de algunos miembros de la élite: "Esto de las corridas de toros por aficionados va "elegantizándose" va haciéndose a la moda que es como decir que va adquiriendo su mayor progreso, porque en esta tierra cuando algo toma aspecto de cosa distinguida vuela por los cuatro vientos, se extiende por todos los barnos y va a vulgarizarse más que todos los tangos de la República Argentina. Antaño era elegante aquel que montaba bien a caballo, que tenía enamorada bonita, que bailaba bien vals y "cuadrilla (...)" y cambiaba trajes tres o cuatro veces por semana" ("El Comercio" 4 de octubre de 1915).

La considerable disminución de asistentes a Acho llevó a los organizadores de corridas de toros a realizar durante el desarrollo de la propia lidia, espectáculos descontextualizados y de indiscutible ridiculez: peleas entre un toro y un león o la de un toro con un luchador que, a brazo limpio, intentaba ilusamente rendir en la arena a media tonelada de músculos.

"El Comercio" del 8 de enero de 1900, reseñaba tamaña rareza circense: Poco antes de dar muerte al cuarto toro, apareció en la arena el atleta ROMULUS "....vestido de punto, los brazos completamente desnudos y su musculatura vigorosa". La plaza recibió al luchador "....con un murmullo de asombro". Ante la impaciencia de los espectadores, el toro que se encontraba dentro del coso, al no dar lidia alguna fue retirado. "Por fin sale a la plaza un bravo animalito de tres años escasos, de negro y

refuyente pelo (...) el público ebrio de alegría estalla en aplausos. El gigante ROMULUS, luego de algunos intentos fallidos logró aferrarse al toro, asiendo el cuello. Luego de algunos segundos de vano esfuerzo, el luchador fue lanzado a dos metros de distancia quedando semiconsciente. Las manifestaciones de la plaza fueron extremadamente violentas *"...la multitud promueve en gritos y loca de júbilo exclama: "Bravo toro". Otros silban a ROMULUS y piden que se vaya a la cárcel..."* El espectáculo no terminó allí. Los aficionados empezaron a lanzar diversos objetos y a destruir parte de la plaza. La inconducta fue general. Participaron en la fiesta los diversos sectores sociales y en la destrucción (de alguna manera colchón casi obligado de algunas celebraciones festivas), también, *"...Del lado de sombra se lanzó el primer palo, y sólo después secundó el lado del sol, lugar que ocupa el pueblo."* En este caso la transgresión temporal se efectúa por todos los sectores mezclados en una masa que olvida jerarquías amparados en la confusión y el desorden. Diferente extracción. El mismo espectáculo, el mismo comportamiento.

Estos trastornos que parecían tratarse de hechos aislados se repitieron constantemente durante los primeros años del siglo XX. Hacia 1909, por ejemplo, despertó entre los aficionados de Acho gran interés el anuncio de enfrentamiento entre un toro y un león. Las simpatías estaban divididas entre el felino y el astado. El león "Nero" entró al coso en una jaula rodante que se colocó frente al callejón. Abierta la jaula ingresó un brioso toro *"...y cuando todo el mundo esperaba que viniera una agarrada de los demonios, en que no quedarán ni los rabos (...) el toro observó que a sus acometidas furiosas el magnánimo "Nero" respondía con caricias, que aunque tales, eran toscas, resolvió contenerse y entrar en el terreno de la moderación y el respeto jerárquico."* La reacción del público que había ido a *"...contemplar una lucha y no un idilio" fue feroz al comprender que las bestias al parecer "...habían firmado un protocolo de arreglos directos."* Iracundos, los espectadores arrojaron al redondel todo tipo de objetos: *"...ladrillos, bancos, sillas y cuanto pudo extraer del viejo circo de Acho"* La represión policial fue igualmente violenta: hubo dos muertos y varios heridos por bala (Variedades N° 87, 1909).

La crisis de la tauromaquia hacia los primeros años de este siglo se percibe también en algunas obras ligeras. El sainete satírico "Los maletas criollos" o "Ay, madre yo quiero ser como Belmonte" (Refiriéndose al gran diestro andaluz) de Julio de la Paz y escrita hacia 1918, ridiculiza a los "loreillos nacionales" Los personajes *"...desarrollan sus pasiones, y con los aspectos de su vida preñada por la suerte que espera a los que flían el porvenir en las astas de los cornúpetos."* ("El Comercio" 17 de julio de 1918).

Pese a todo, la tauromaquia sobrevivió a esta crisis coyuntural y mantuvo su espacio. Las élites y los sectores populares asisten cada temporada, regularmente, a aclamar o repudiar a los actores de este antiguo ritual de la muerte. A esta fiesta que, como otras tantas, comparten y celebran los distintos grupos sociales en una amalgama únicamente aparente.

VII. LAS FIESTAS PATRIAS O EL DESFILE DE LAS JERARQUÍAS

1. A modo de introducción

El significado de la independencia en el Perú y el proceso que permitió su obtención, han sido objeto de numerosos estudios y generado posiciones diversas. Desde los defensores de la "Independencia Heroica" hasta las tendencias más radicales que pueden resumirse en la idea de una independencia no lograda, sino,

"concedida." Incluso, Pablo Macera (1978) llegó a sostener que en la historia del Perú sólo deben considerarse dos periodos: el de la "Autonomía", que abarcaría el tiempo comprendido desde las primeras sociedades constituidas por cazadores, recolectores y pescadores hasta la expansión imperial inca; y el de la "Dependencia", que comprende el lapso existente entre "...la invasión española y la expansión del capitalismo mercantil europeo" hasta el "...Reformismo militar y capitalismo de estado. Desarrollo dentro de la dependencia limitada 1968." Negaba con su posición la condición del Perú como país independiente. Las dos últimas posiciones tuvieron mucha influencia entre algunos historiadores marxistas y de otras tendencias radicales particularmente en la década del setenta.

Los que sostienen que el proceso independentista peruano fue producto de la convergencia de las voluntades internas han buscado explicar el proceso en torno a la creación de una conciencia colectiva madura encabezada por las figuras de San Martín y Bolívar. Por esta razón, Jorge Basadre (1971) advertía a los jóvenes historiadores sobre la necesidad de evitar la exaltación de uno de estos personajes en perjuicio del otro. Insisto, además, en la necesidad de superar la versión epopéyica decimonónica que afirmaba que la independencia buscó fundamentalmente "...romper la ominosa cadena que el peruano largo tiempo arrastró."

Es necesario recordar que a raíz de la aplicación de las Reformas Borbónicas en América y, sobre todo, luego de la dación del decreto de Libre Comercio de 1778 otorgada por Carlos III, el destino de América del Sur cambió dramáticamente. Antes de que esta medida entrara en vigencia, sólo el Callao y Veracruz podían comerciar oficialmente con España a través del meridional puerto de Cádiz. Al aplicarse el referido decreto, trece puertos españoles fueron autorizados a comercializar con veintidós puertos americanos.

Fueron los puertos del Atlántico los más beneficiados con esta medida y, principalmente, las ciudades de Buenos Aires y Caracas. Para Susan Socolow (1978), en Argentina se formó una próspera burguesía comercial, la misma que para consolidarse y poder incrementar sus actividades mercantiles, se emancipó de España a principios del siglo XIX. Un proceso similar se habría dado en Caracas. Ambas burguesías, buscando asegurar su recientemente adquirida independencia y afirmar el camino de su incipiente prosperidad, tomaron la determinación de expulsar al principal bastión del ejército español acantonado en el Perú. Ésta habría sido, pues, la motivación primaria de las expediciones de San Martín y Bolívar.

En el Perú, las élites relacionadas con el poderoso Tribunal del Consulado de Lima que agrupaba a los principales comerciantes de la época, decidieron financiar a las tropas del virrey hasta 1824. Como señalara Flores Galindo (1984), las élites peruanas "...apostaron entusiastamente a perdedor."

Por otro lado, las expediciones libertadoras del Sur y del Norte contaron con el apoyo de Inglaterra que, sumida en la impostergable tarea de buscar nuevos mercados para la colocación de mercaderías producto de su Revolución Industrial, no dudó en prestar apoyo a los libertarios. Sugiere Celia Wu (1992) que en este proceso participaron unos tres mil soldados británicos. Los nombres de Cochrane, Guise y Miller, así como su papel protagónico durante el proceso independentista, son prueba contundente de la participación inglesa durante la campaña independentista.

Bonilla y Spalding (1972) son los nombres que más se identifican con lo que en su momento se llegó a llamar la "independencia concedida", sugiriendo que existía

una gran brecha entre "las palabras y los hechos". Pues, tras un aparente proceso revolucionario, se ocultaba una oscura intención de sectores criollos que sólo buscaban el beneficio inmediato que la independencia les concedería.

2. Tendencias y celebraciones de las Fiestas Patrias a principios del siglo XX

La posición extrema representada en años recientes por los mencionados Bonilla y Spalding no es tan nueva como suele pensarse. Ya a principios del siglo XX, algunos sectores de la sociedad y de la intelectualidad de entonces, se inclinaban a pensar que, la independencia del Perú, había sido obtenida no por voluntad propia sino por requerimientos vecinos. Así lo atestigua, por ejemplo, el artículo de J. A. de Izcue, publicado por el diario "El Comercio" del 28 de julio de 1905 al afirmar que:

"Es ciencia general entre muchas gentes de América y entre ciertos escritores que al Perú nada hizo para emanciparse de la dominación española, o que hizo tan poco o no influyó decisivamente, en la contienda con las armas peninsulares (...) ¿qué podía tener de vergonzoso que unos pueblos auxiliasen a otros, sobre todo entonces que por falta de fronteras con el fin no solo de contribuir a romper con las cadenas del hermano, sino de consolidar la ruptura de las propias cadenas?"

En tal sentido, cinco años más tarde en el Congreso Panamericano de 1910, el delegado argentino pidió que se "...hiciese un recuerdo a la emancipación peruana" ya que durante aquel tiempo "...derramóse sangre argentina para derrocar al coloniaje que tenía allí su último baluarte" ("El Comercio" 30 de julio de 1910). Es interesante apreciar que las celebraciones patrias no eran una manifestación festiva exclusivamente nacional. Muchas veces participaban en las fiestas representantes de las colonias de residentes que participaron directa o indirectamente en la gesta emancipadora:

"...Un grupo de jóvenes de la colonia inglesa recorría las principales calles de la ciudad, entonando la canción nacional y dando vivas al Perú, la República Argentina, Bolivia, Inglaterra y los Estados Unidos, que hallaban un eco entusiasta en el numeroso pueblo que seguía a aquellos jóvenes..." ("El Comercio" 29 de julio de 1900).

Nótese que en la celebración, el pueblo de Lima es el que "sigue" a los jóvenes ingleses que encabezan la celebración. ¿Quizá como sus abuelos lo hicieron siguiendo las órdenes de Cochrane, cuando éste trajo a San Martín encabezando la "Escuadra Libertadora"; o a Guise, cuando éste ejercía el almirantazgo de la recién creada Marina de Guerra en tiempos de Riva Agüero; o tal vez a Miller, jefe de los peruanos en la batalla de Ayacucho?

Incluso, la prensa chilena (no obstante la tirante situación existente entre el Perú y Chile debido a la situación de las entonces "provincias cautivas de Tacna y Arica") hacen alusión al día patrio. "El Diario Ilustrado" afirmaba que aunque las relaciones peruano-chilenas se encontraban interrumpidas, "...Chile, no debe dejar pasar inadvertida el día de las fiestas para los peruanos, que por razones históricas permanentes lo es también para los chilenos" ("El Comercio", 30 de julio de 1910).

Es probable que la "peruanización" de la celebración de fiestas patrias se haya llevado a cabo al conmemorarse el primer centenario de la Independencia en tiempos del Oncenio de Leguía. El Perú más que agradecer a los países que copadyvaron a su independencia, recibe el agradecimiento de las colonias de residentes en Lima. Aun hoy pueden apreciarse en Lima algunos de los obsequios que entregaron a la

tierra que los había acogido: los alemanes, el reloj del Parque Universitario; los italianos, el Museo de Arte Italiano; los belgas, la maravillosa estatua de Constantin Meniere en la Plaza del Trabajo; los españoles, un arco morisco; los norteamericanos, una estatua de Washington; los ingleses, el antiguo Estadio; los japoneses la estatua de Marco Cápac; los chinos, la hermosa fuente de mármol, entre otras.

Las fiestas por los centenarios de la proclamación de sanmartiniana y por el triunfo de Ayacucho duraron dos semanas, acudiendo delegaciones diplomáticas de varios países y acentuaron la peruanidad de la festividad. A partir de entonces es posible que se hayan suprimido muchos de los anteriores rasgos festivos, englobando los vínculos históricos del proceso independentista en la generalización del uso del vago término "países hermanos."

A modo de síntesis, podríamos apreciar una evolución en la celebración de la independencia que podría sintetizarse en tres etapas:

a) Una celebración de carácter internacional (desde la independencia hasta el Oncenio de Leguía (1919 - 1930).

b) Una nacionalización de las fiestas patrias (desde el Oncenio leguista hasta el inicio del gobierno de Velasco Alvarado).

c) Una consolidación de la nacionalización de las celebraciones patrias (desde Velasco Alvarado hasta nuestros días).

3. Celebraciones patrias o la transgresión supuesta

Hay celebraciones en las que la transgresión social se lleva a cabo sólo en apariencia. Las jerarquías se mantienen soterradas y, gobernantes y gobernados deciden "conjuntamente" la suerte del país. En los discursos pueden apreciarse *"...lugares comunes, palabras aglutinadoras de la población (...) en las mismas aspiraciones y preocupaciones. Estas celebraciones de julio apuntaban a centrarse en la integración en torno al poder, tanto de modo solemne, como festivo"* (del Aguila, 1997).

Si bien es cierto el pueblo participa en estas celebraciones como comparsa y entusiasta alentador de los diversos desfiles, es justamente dentro de estos desfiles donde se aprecian los elementos que respaldan la jerarquización existente. La admiración del espectador se mezcla casi inadvertidamente con el temor pues, mientras no se transgrede el orden social establecido, los soldados que marchan, son "sus soldados". Pero, si la actitud de los presentes fuera una manifestación de descontento con el sistema vigente; si la participación popular fuera una abierta manifestación de malestar social, esos soldados dejarán de ser "suyos" pues tienen el deber de evitar que la transgresión pierda su calidad de simbólica y temporal. En este tipo de festividades donde las jerarquías parecen ser menos verticales, siempre está presente la fuerza implícita para evitar que la sociedad pierda su estrictez natural que, salvo en celebraciones como éstas, realiza una aparente retirada.

BIBLIOGRAFÍA

BAJTIN, Mijail

La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de Francois Rabelais. Madrid: Alianza Editorial, 1987.

BASADRE, Jorge

"Notas sobre la Guerra de Independencia"

Introducción a las bases documentales para la Historia de la República del Perú.

Lima: P.L. Villanueva, 1971.

BEDOYA, Ricardo

100 años de cine en el Perú: una historia crítica.

Lima: Universidad de Lima -ICI 1992.

BONILLA, Herclio y SPALDING, Karen

"La Independencia en el Perú: las palabras y los hechos"

En: *La Independencia en el Perú*

Lima: IEP, 1972.

BURGA, Manuel y FLORES GALINDO, Alberto

Apogeo y crisis de la República Aristocrática

Lima: Editorial Rikchay Perú, 1987.

CAYO, Percy

"La Guerra del Pacífico" en *Historia del Perú*

Lima: Edit. Mejía Baca 1984.

DEL AGUILA, Alicia

Callejones y Mansiones. Espacios de opinión pública y redes sociales y políticas en la Lima del 900.

Lima: PUC Fondo Editorial 1997.

ECO, Umberto

"Los marcos de la "libertad" cómica" en *¡Carnaval!*

México: Fondo de Cultura Económica 1989

ESTENSSORO, Juan Carlos

Música y Sociedad Coloniales Lima 1680- 1830.

Lima: Edit. Colmillo Blanco 1989.

FLORES GALINDO, Alberto

Aristocracia y Plebe: Lima 1760 - 1830

Lima: Mosca Azul Editores 1984

FUENTES, Manuel A.

Apuntes históricos, descriptivos, estadísticos y de costumbres

París: Librería de F. Didot hermanos, hijos y Compañía 1867.

GARLAND, Antonio

Lima y el toro Lima: Librería Internacional del Perú 1948.

HUIZA, José Luis

"Entre el civilismo y Leguía: poder político y sociedad" en: *Historia del Perú Republicano*

Universidad de Lima: Fondo de desarrollo Editorial 1998.

MACERA, Pablo

Visión histórica del Perú Lima: Edit. Milla Batres 1978.

MIRO QUESADA, Aurelio

Temas Taurinos Lima: Empresa Editora "El Comercio" 1997

NÚÑEZ, Estuardo

Cuatro Viajeros alemanes al Perú

Lima: UNMSM 1969.

PAZ, Octavio

El laberinto de la soledad México: Fondo de Cultura Económica 1987.

PALMA, Ricardo

"Apuntes para la crónica tauromáquica de Lima durante el coloniaje" en ODRIOZOLA, Manuel: *Documentos literarios del Perú*, Tomo X. Lima: 1877

PETZOLDT, Leander

"Fiestas carnavalescas. Los carnavales en la cultura burguesa a comienzos de la Edad Moderna" En: *La Fiesta: Una historia desde la antigüedad hasta nuestros días*. Madrid: Alianza Editorial 1992.

SOCOLOW, Susan

The Merchants of Buenos Aires. Cambridge: Cambridge University Press 1978.

TAPIA, Daniel

Historia del Toreo Madrid: Alianza Editorial 1993.

TAMAYO HERRERA, José

La muerte en Lima 1780 - 1990

Lima: Universidad de Lima. Cuadernos de Historia XV 1993

VIQUEIRA, Juan Pedro

¿Relajados o Reprimidos? Diversiones Públicas y vida social en la ciudad de México durante el siglo de las luces.

México: Fondo de Cultura Económica 1987

WU, Celia

Generals and Diplomats Great Britain and Perú 820 - 1840

Cambridge: Centre of Latinamerican Studies University of Cambridge.